

PHILIP T.
HOFFMAN



¿POR QUÉ
EUROPA
CONQUISTÓ
EL MUNDO?

CRÍTICA  TIEMPO DE HISTORIA

Philip T. Hoffman

¿Por qué Europa conquistó el mundo?



Traducción castellana de
Carme Castells

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2016

¿Por qué Europa conquistó el mundo?
Philip T. Hoffman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Why did Europe conquer the world?*

© 2015, Princeton University Press. Published by arrangement with International Editors Co. and Princeton University Press

© de la traducción, Carme Castells Auleda, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-903-4
Depósito legal: B. 28.357 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Capítulo 1

Introducción

Imagine que una máquina del tiempo puede transportarle al año 900 y dejarle en cualquier lugar de la Tierra para una estancia prolongada. ¿Dónde le gustaría vivir?

Mientras considera las posibilidades, permítame un pequeño y útil consejo: evite a toda costa Europa occidental.¹ ¿Por qué residir allí, siendo pobre, violenta, políticamente caótica y, desde cualquier punto de vista, irremediablemente atrasada? No había ciudades, a excepción de Córdoba, pero esta formaba parte del mundo musulmán. Los productos de lujo (sedas, perfumes y especias, que daban sabor a una cocina de otro modo insípida y que equivalían a la comida saludable de la época) escaseaban y eran sumamente caras. Para obtenerlas, era preciso comerciar con los mercaderes de Oriente Medio y vender las pocas mercancías occidentales que se dignaban a comprar, como pieles o esclavos. Y si no tuviera cuidado —si, por ejemplo, pasease por la playa en Italia— usted mismo podría ser capturado y condenado a la esclavitud.

En resumen, elegir Europa sería como si hoy decidiese irse a vivir a Afganistán. Sería bastante mejor que escogiera el Oriente Medio musulmán, puesto que en el año 900 era más rico y avanzado cultural y tecnológicamente y le resultaría un destino mucho más atractivo. Tenía ciudades, mercados rebosantes de productos de todo el mundo, desde la madera de sándalo india hasta la porcelana china, y eruditos que ampliaban las obras de la ciencia de la Grecia antigua que todavía eran desconocidas en la Europa occidental.² O en vez de Oriente Medio, podría optar por el sur de China, donde los regímenes políticos pronto se estabilizarían tras un período de agitación, lo cual permitió el progreso de la agricultura y que prosperase el comercio del té, la seda y la por-



FIGURA 1.1. En gris oscuro, las áreas que nunca han sido controladas por los europeos, 1914. En gris claro, territorios que los europeos controlaron o habían conquistado en 1914, incluyendo las colonias que obtuvieron la independencia. Adaptado a partir de Fieldhouse 1973, mapa 9.

celana. Por el contrario, en el horizonte de Europa occidental no había nada tan prometedor, solo las constantes incursiones de los vikingos.³

Ahora deje que su máquina del tiempo le transporte rápidamente a 1914. No sabe hasta qué punto le sorprendería descubrir que los una vez míseros europeos se habían apoderado del mundo. Su influencia se sentía en todas partes, el lugar al que llegase es irrelevante. De alguna manera, habían tomado el control del 84% del globo y gobernaban colonias en todos los continentes habitados (Figura 1.1).⁴ Aunque algunas de sus posesiones, como Estados Unidos, lograron su independencia, los europeos difundieron sus lenguajes y sus ideas en todo el mundo, y ejercieron el poder militar en todas partes. Además de Estados Unidos, un clon europeo, de hecho solo había una potencia no europea que se atreviese a plantar cara con sus ejércitos y sus flotas: Japón, que se afanaba en adoptar la tecnología y los conocimientos militares. Nadie hubiera podido prever tal cosa mil años antes.

¿Por qué los europeos fueron los únicos que acabaron subyugando el mundo? ¿Por qué no los chinos, los japoneses, los otomanos de Oriente Medio o los asiáticos del sur? En algún momento, uno u otro pudieron presumir de poderosas civilizaciones y, a diferencia de los

africanos, los aborígenes americanos y los habitantes de Australia y de las islas del Pacífico, todos ellos tuvieron un temprano acceso a las mismas armas que empleaban los europeos. Y si nos remitimos al pasado, todos parecían candidatos más fuertes que los europeos. Entonces, ¿por qué no acabaron tomando el control?

Sin duda, es muy importante averiguar el porqué. Al fin y al cabo, ello fue lo que determinó quién tuvo imperios coloniales y quién regía el tráfico de esclavos. E incluso ello ayuda a explicar quién fue el primero que se industrializó. Pero hasta ahora esta cuestión sigue siendo un enigma indescifrable y verdaderamente endiablado.

Quizá ahora piense que la respuesta es obvia: fue la propia industrialización la que preparó el terreno para que Europa tomase el poder. La revolución industrial empezó en Europa y dio herramientas a los europeos —desde los rifles de repetición hasta los cañoneros de vapor— que aseguraron su supremacía militar. Por ello la conquista del mundo resultó fácil.

Pero las cosas no son tan sencillas, puesto que si nos remontamos a un siglo atrás, a 1800, la revolución industrial se produjo escasamente en Gran Bretaña y aún tenía que expandirse al resto de Europa. No obstante los europeos ya dominaban casi el 35 % del globo, y sus barcos copaban el tráfico marítimo hasta el lejano Sureste Asiático, como habían venido haciendo desde hacía trescientos años.⁵ ¿Por qué eran ellos los únicos con barcos armados en todos los océanos, y con fortalezas en territorio ajeno y colonias en todos los continentes habitados, mucho antes de la revolución industrial?

Una vez sopesada esta pregunta, pronto se convierte en un fascinante enigma intelectual, ya que las respuestas habituales no llegan al fondo de la cuestión. O simplemente se desvanecen tan pronto empezamos a analizarlas.

¿Cuáles son, pues, estas respuestas habituales? En realidad, solo hay dos: las enfermedades y la tecnología de la pólvora.

LAS ENFERMEDADES

La primera de las respuestas habituales apunta a las epidemias de viruela, sarampión y otras enfermedades masivas que causaron una gran

mortandad entre los nativos de las Américas, Australia y las islas del Pacífico cuando los europeos llegaron a sus costas. Los europeos no se vieron afectados por ellas porque habían estado expuestos a estas enfermedades y, por tanto, eran resistentes a ellas. Su inmunidad fue la que les permitió conquistar las Américas y los imperios azteca e inca, en particular.⁶

Sin embargo, los europeos no eran el único pueblo con esta ventaja biológica, puesto que todas las principales civilizaciones de Oriente Medio y de Asia compartían esta misma característica. ¿Por qué también ellos, y no solo los europeos, habían estado expuestos a estas epidemias? La razón (como ha explicado el biólogo Jared Diamond) es simplemente que en Eurasia había más plantas y animales que podían domesticarse con mayor facilidad que en las Américas, y menos barreras geográficas y ecológicas a la difusión de los cultivos, el ganado y la tecnología agrícola. Esto significa que en Eurasia la agricultura apareció antes, y con la agricultura vinieron los pueblos, los rebaños y, finalmente, las ciudades, todo lo cual sirvió como caldo de cultivo para la enfermedad, y también el comercio, que propagaba las epidemias.⁷ De manera que si los invasores chinos, japoneses, del Sureste Asiático y de Oriente Medio hubieran alcanzado las Américas, ellos también hubieran sobrevivido, y los aborígenes americanos hubieran perecido igualmente. En resumen, si la enfermedad es el *quid* del asunto, aún tendríamos que explicar por qué fueron los europeos los que se dedicaban a conquistar, y no otros euroasiáticos.

Las afirmaciones sobre la enfermedad tampoco explican cómo los portugueses lograron establecerse en el Sureste Asiático y, a continuación, beneficiarse del comercio transatlántico. Los habitantes del sur de Asia también eran inmunes, de manera que esa patología no proporcionaba ninguna ventaja a los portugueses. Las plantas y animales fácilmente domesticables a las que Diamond aludía tampoco representaban ninguna ventaja para ellos, puesto que chinos, japoneses, otomanos y asiáticos del sur también disponían de ellas desde hacía mucho tiempo.

El argumento de la enfermedad presenta también otros problemas, incluso si nos centramos en los imperios azteca e inca. Dicho supuesto sostiene que las epidemias (sobre todo de viruela y sarampión) fueron la única fuerza que impulsó el catastrófico desmoronamiento de ambos imperios tras la llegada de los conquistadores. Si (como afirma este

argumento) las epidemias eliminaron a gran parte de la población nativa, entonces debieron haber desestabilizado la población indígena americana, facilitando así la conquista. Hay pruebas que corroboran tal argumento. Efectivamente, la viruela parece haber diezmando la capital azteca, Tenochtitlan, a finales de 1520, solo unos meses antes de que Hernán Cortés capturase la ciudad. Como entre las muchas víctimas se contaba el rey azteca, los supervivientes tuvieron que enfrentarse a Cortés con un gobernante nuevo e inexperto que aún no había tenido tiempo de consolidar su autoridad. Un caso parecido es el de la conquista del imperio inca por parte de Francisco Pizarro, puesto que una epidemia mató al gobernante inca y contribuyó a desencadenar una extenuante guerra civil que llegó a su fin justo a la llegada de Pizarro.⁸

El problema, sin embargo, es que la catástrofe demográfica en los imperios inca y azteca tuvo múltiples causas —y no solo la viruela y el sarampión— pues, si no, la población nativa se habría recuperado aunque la epidemia hubiera sido recurrente. Al menos esta es la conclusión de un análisis demográfico que tiene en cuenta cómo las poblaciones reaccionan tras ser diezradas por nuevas enfermedades como la viruela. Y lo que impidió a la población nativa americana recuperarse fue la propia conquista, que causó estragos en su vida doméstica. Los indios huyeron de la guerra, y los supervivientes se vieron forzados a trabajar para los europeos, con frecuencia lejos de sus hogares, impidiéndoles proporcionar alimentos a sus familias. A su vez, las mujeres indias fueron enviadas a las casas de los conquistadores, a menudo como compañeras sexuales. En resumidas cuentas, a los nativos americanos les resultó mucho más difícil tener hijos, razón por la cual el descenso de la población no fue el resultado de la enfermedad, sino de la brutal conquista en sí misma.⁹ Pero, entonces, el argumento que atribuye la conquista de los imperios inca y azteca a la disgregación social ocasionada por las epidemias resulta simplemente demasiado reduccionista, porque otras causas influyeron también en el acusado descenso de la población, entre las que se cuenta la devastación causada entre la población nativa por los propios conquistadores.

También existen dudas de que la viruela hubiera podido desencadenar la guerra civil de los incas, porque es improbable que les hubiera alcanzado antes de la llegada de Pizarro.¹⁰ Parece que, efectivamente, afectó a los aztecas, pero es preciso recordar que esta también diezmo

a los aliados indios de Cortés, aunque entonces este pudo reemplazar a sus dirigentes con individuos que le eran leales. También cabe recordar que muchos aztecas sobrevivieron a la epidemia. Los guerreros estaban en mejores condiciones para superarla, y eran lo bastante numerosos como para forzar a Cortés a librar un amargo asedio que duró tres meses antes de tomar Tenochtitlan. Lo mismo puede decirse de los incas, fuera cual fuese la epidemia que les afligió. Pese a todas las muertes causadas por la enfermedad, los europeos tuvieron que enfrentarse a unidades enemigas que eran bastante más grandes que las suyas. Las fuerzas a las que Pizarro se enfrentó cuando entró en el imperio inca en 1532 eran especialmente abrumadoras. Él solo contaba con 167 hombres y no tenía aliados nativos, aunque logró sorprender a la guardia imperial inca, compuesta por unos cinco mil o seis mil hombres, aniquilarla y capturar al emperador Atahualpa. Después obtuvo un rescate de trece toneladas de plata y más de seis toneladas de oro (en su mayor parte fundido en obras de arte realizadas por los nativos), antes de ejecutar a Atahualpa en 1533. Las recompensas recibidas por este triunfo brutal fueron gigantescas, más de lo que él y sus hombres hubieran ganado trabajando doscientos cincuenta años como jornaleros en España. Tampoco fue esta la única victoria contra un enemigo mucho más poderoso. Cuando los incas se rebelaron en 1536, 190 conquistadores en la ciudad de Cuzco resistieron durante un año al asedio de un ejército inca que contaba con más de cien mil hombres.¹¹

LA TECNOLOGÍA DE LA PÓLVORA

¿Cómo los europeos pudieron triunfar contra tal ejército? Atribuir su victoria a la enfermedad no es una respuesta válida. ¿Y cómo los europeos pudieron haber conquistado el 35 % del mundo en 1800, e incluso más en la primera guerra mundial, con gran parte del territorio adquirido en Asia, donde la población era inmune a la epidemia, o en África, donde los propios europeos eran vulnerables a las enfermedades tropicales?¹²

Según algunos historiadores militares, la respuesta está clara: pura y simplemente, los europeos disponían de mejor tecnología. Las epidemias y las divisiones entre los nativos ayudaron en las Américas, Aus-

tralia y las islas del Pacífico, pero lo que dio la ventaja definitiva a los europeos fue la tecnología, sobre todo contra los imperios centralizados de los aztecas y los incas. Y ayudó aún más cuando enviaron barcos armados al océano Índico y empezaron a tomar posiciones en Asia. Y fue por esta razón por la que finalmente pudieron tomar posesión de gran parte del sur y del norte de Asia y prácticamente de toda África (Figura 1.1).

¿Qué era la tecnología? Ante todo, eran las armas y defensas producidas por una revolución militar que se extendió en los inicios de la Europa moderna (entre 1500 y 1800) a medida que la pólvora transformaba la guerra: armas de fuego, artillería, barcos armados con cañones y fortificaciones que podían resistir los bombardeos. También comprendía armas punzantes y cortantes que se perfeccionaron durante la Edad Media y que seguían siendo una parte esencial de los combates en los que se empleaba pólvora, al menos durante el siglo XVI e incluso después: espadas, armaduras, lanzas para la caballería y picas para la infantería para protegerse de las cargas de los jinetes. Y fueron las tácticas y métodos de organización las que hicieron posible sacar el mayor partido de las armas y las defensas: cómo convertir tripulaciones y soldados en una fuerza de combate imponente, cómo proporcionarles suministros de manera eficiente, y cómo lograr que actuaran con rapidez y disciplina incluso bajo el fuego enemigo. Aquí la tecnología abarcaba mucho, y con toda la intención, porque tenía que cubrir todos los aspectos que propiciasen la victoria, desde las armas hasta el entrenamiento pasando por la administración. Abandonar parte de la tecnología para centrarse exclusivamente en las armas hubiera sido algo así como intentar analizar el impacto de los ordenadores teniendo en cuenta únicamente el hardware y prescindiendo del software y de Internet. Como en el caso de los ordenadores, las diversas facetas de la tecnología de la pólvora desempeñaron un papel en la conquista europea, complementándose unas con otras y cambiando continuamente con el paso del tiempo. Las picas, por ejemplo, defendían a los mosqueteros contra las cargas de la caballería, pero al final fueron sustituidas por bayonetas y desaparecieron a principios del siglo XVIII. La razón de todo este cambio fue que, desde finales de la Edad Media en adelante, los europeos no cesaron hasta conseguir que la tecnología armamentística en sentido amplio fuera cada vez más letal y efectiva, empeñándose aún más en ello en el siglo XIX.¹³

Los portugueses desplegaron esta tecnología cuando zarparon hacia el sur de Asia a principios del siglo xvi. Gracias a ella, podían emplear una violencia sistemática (o la amenaza de ella) para estafar a los comerciantes, obtener concesiones de los gobernantes y atraer aliados a su bando. Sus naves armadas podían bombardear ciudades y derrotar flotas mayores que la suya. Y aun viéndose sobrepasados en número en una proporción casi de 20 a 1, se las arreglaron para capturar el estratégico puerto de Malaca (Figura 1.2) desplegando un desembarco anfibio durante el cual sus tropas hicieron retroceder con sus picas a los elefantes de guerra. Tan pronto tomaron Malaca, construyeron inmediatamente una fortaleza al estilo europeo para protegerla de los ataques. Tales fortalezas (que finalmente se expandieron en todo el imperio portugués) podían almacenar alimentos, mercancías y provisiones para los barcos portugueses, y cuando podían contar con el apoyo de suministros y tropas llegados por mar eran prácticamente inexpugnables. En 1568, por ejemplo, el fuerte en Malaca resistió un asedio de una fuerza anfibia musulmana que superaba a los portugueses y a sus aliados en una proporción de 10 a 1.¹⁴



FIGURA 1.2. Malaca.

Con elementos de la misma tecnología, Cortés y Pizarro pudieron derrotar a los ejércitos mucho mayores de los nativos americanos. Las armas cortantes y punzantes —especialmente las espadas y lanzas en manos de los hombres a caballo— fueron la mayor ventaja de Pizarro, unida a la disciplina y la experiencia de sus fuerzas, más de la mitad de las cuales probablemente ya habían combatido contra los nativos americanos. Sus jinetes pudieron dispersar a los soldados incas de a pie y, a continuación, acabar con ellos con facilidad.¹⁵

Las armas cortantes y la disciplina también ayudaron a Cortés, pero asimismo lo hicieron otros elementos de la tecnología —especialmente trece pequeñas galeras armadas, los bergantines, que construyeron para tomar Tenochtitlan—. Cortés necesitaba estas naves porque la capital azteca se erigía sobre una isla en medio de un lago (Figura 1.3) que estaba conectada con la orilla gracias a estrechas calzadas que dificultaban la toma de la ciudad por la fuerza. Conquistar la ciudad fue aún más difícil de lo que parecía, puesto que los atacantes sobre los puentes eran vulnerables a los arqueros aztecas en canoas, y los puentes en las calzadas podían retirarse fácilmente para bloquear a los atacantes o

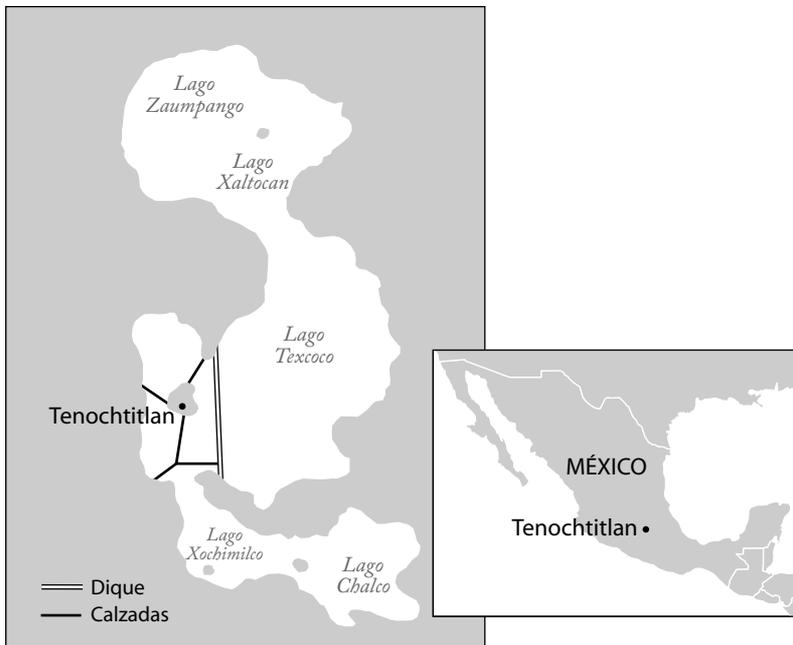


FIGURA 1.3. Tenochtitlan, la capital azteca.

impedirles regresar a la costa. Cortés se dio cuenta inmediatamente del problema cuando entró por primera vez en la ciudad en 1519. Habiendo tomado al emperador azteca como rehén, Cortés temía que lo atrapasen desde la costa y que lo dejaran «morir de hambre». Por tanto «se apresuró a ordenar la construcción de cuatro bergantines», cada uno de ellos armado con un cañón y capaz de transportar setenta y cinco hombres. Los bergantines podían detener las canoas aztecas y transportar a Cortés y a sus hombres allá donde fueran necesarios. Y para dejar clara su superioridad militar, Cortés hizo que el emperador subiese a bordo y mandó disparar los cañones.¹⁶

Finalmente los aztecas se rebelaron, expulsaron a Cortés y destruyeron sus bergantines. Pero él juró regresar, y una de las primeras cosas que hizo para recuperar la ciudad fue construir trece bergantines más. Era muy importante construirlos de manera segura, a unos veinticinco kilómetros de distancia de la ciudad, para después transportarlos por piezas a través de un terreno escabroso y así poder montarlos cerca del lago. Y el esfuerzo valió la pena. Además de derrotar a las canoas aztecas, transportar hombres y suministros y proteger las calzadas, bloquearon la llegada de alimentos a Tenochtitlan y, en la batalla final, bombardearon los edificios desde los canales que llevaban a la ciudad.¹⁷

Aunque, por supuesto, en la victoria de Cortés no solo intervinieron los bergantines, estos fueron claramente una parte importante de la tecnología de la pólvora de la que disponía. No obstante, algunos historiadores niegan que la tecnología hubiera desempeñado un papel muy importante. En su opinión, la victoria de Cortés no se debió a los bergantines o a otras armas, sino a la animosidad que otros nativos profesaban a los aztecas, lo cual él pudo explotar para ganar aliados y finalmente ocupar el lugar del emperador en la cúspide. Un argumento similar podría aplicarse a Pizarro y los incas, así como a los portugueses en el sur de Asia.¹⁸

Sin duda los aliados desempeñaron un papel crucial, al igual que las divisiones en los imperios azteca e inca. En la campaña final contra Tenochtitlan, los 904 europeos de Cortés se veían ampliamente superados por los aproximadamente 75.000 nativos americanos también en el bando español. Estos nativos combatían en tierra y en canoas en el lago, transportaban los bergantines y los suministros hasta la orilla del

lago, y abrieron brechas en las calzadas para permitir el paso de los bergantines durante las batallas.¹⁹ Pero no debemos olvidar que el hecho de situarse al lado de Cortés fue, para sus aliados, una decisión estratégica. Decidieron unirse a él por una razón muy sencilla: solo podrían vencer a los aztecas si luchaban junto a Cortés. Por sí mismos, no podían derrotar al ejército azteca o apoderarse de Tenochtitlan, lo cual sí era posible aliándose con Cortés, y la razón de ello era su poderosa tecnología, que podía abrir una brecha en las líneas aztecas que el enorme número de aliados nativos podía entonces explotar.²⁰ En resumen, la tecnología de Cortés y la cantidad de efectivos de los que disponían los nativos eran complementarios, y juntos hacían que Cortés apareciese como vencedor. De hecho, la decisión de aliarse con él era una prueba clara del poder de su tecnología, no una muestra de que esta fuera irrelevante.

Lo mismo puede decirse de los aliados asiáticos de los portugueses.²¹ Las divisiones que los europeos explotaron eran comunes a todas las incipientes políticas modernas, no solo se aplicaron a aquellos que fueron conquistados. Estas políticas dividieron a los propios europeos victoriosos. Pizarro, al fin y al cabo, fue asesinado por sus compañeros europeos. En teoría, cualquiera podía explotar tales tensiones; no era una táctica reservada a los europeos. Pero, para hacerla, era preciso atraer a los aliados mostrándose ante ellos como un vencedor. Y con una escasa fuerza invasora o pequeñas tripulaciones en los barcos tal cosa solo era posible con una mejor tecnología.

Esto es lo que la amplia tecnología de la pólvora permitió hacer a los europeos. Con ella, puñados de portugueses pudieron intimidar a los países del sur de Asia para después aprovecharse de ellos abriendo espacios en el comercio de las especias y vendiendo protección a los comerciantes asiáticos. Y permitió que un pequeño número de europeos desafiase a los gobernantes de los imperios azteca e inca y finalmente ocupasen su lugar en la cumbre. Desde este vértice de poder político, los europeos pudieron extraer recursos procedentes de los tributos de los nativos y de los trabajos forzados, sin disponer siquiera de muchos colonos y sin ningún tipo de ejército de ocupación. Ciertamente, la tecnología tenía límites. En África, españoles y portugueses no lograron conquistar el reino angoleño de Ndongo, y las enfermedades tropicales mantuvieron a la mayoría de los europeos acorralados

hasta el siglo XIX. Y en las Américas, los europeos tuvieron bastantes más dificultades con los grupos nativos menos jerarquizados como los indios nómadas de las llanuras, que podían adoptar elementos de la tecnología europea y, por ello, librar con éxito guerras de guerrillas hasta el siglo XIX.²² Pero los europeos continuaron mejorando la tecnología y con ella finalmente vencieron también a los nómadas.

Los historiadores militares (sobre todo Geoffrey Parker) dejan claro que los europeos estaban en la vanguardia de la tecnología de la pólvora mucho antes de la revolución industrial.²³ Los modelos de comercio cuentan la misma historia y demuestran que los europeos tenían una ventaja comparativa en la tecnología, ya que desde el siglo XVI en adelante exportaron armas de fuego y artillería al resto del mundo, y a su vez los expertos europeos eran contratados en toda Asia y Oriente Medio para que ayudasen en la fabricación de armas y en las tácticas de combate con armas de fuego. En la China del siglo XVII, incluso a los misioneros jesuitas se les pidió que ayudasen al emperador chino a producir mejores cañones.²⁴

Pero aunque en términos generales la tecnología de la pólvora es la respuesta, aún nos queda mucho que explicar, ya que de hecho es sorprendente que los europeos llegasen a dominar dicha tecnología en una época tan temprana. Al fin y al cabo, las armas punzantes y cortantes eran comunes en toda Eurasia, no solo en Europa, y los propios europeos se maravillaban ante la calidad de las espadas y dagas japonesas, las cuales, según afirmaban, podían «partir en dos el hierro europeo casi sin perder su filo».²⁵ En cuanto a las armas de fuego y a la pólvora, estas se originaron en China y se difundieron por toda Eurasia y, al menos durante un tiempo, los estados de fuera de la Europa occidental mostraron gran competencia a la hora de fabricar o de explotar las nuevas armas. Los otomanos, por ejemplo, construyeron artillería de gran calidad a principios del siglo XVI.²⁶ Los chinos y quizá también los japoneses descubrieron, mucho antes que los europeos, la innovación táctica clave (la contramarcha) que permitía que los soldados de infantería pertrechados con mosquetes de carga lenta disparasen de forma prácticamente continuada.²⁷ Sin embargo, a finales del siglo XVII, si no antes, la tecnología y la táctica de chinos, japoneses y otomanos habían quedado muy por detrás de las que se empleaban en Europa occidental. También pudieron adoptar las últimas innovaciones militares y a veces

mejorar la tecnología de la pólvora por sí mismos, pero no pudieron mantener el ritmo implacable de la innovación militar marcado por los europeos.²⁸

¿Por qué estos otros poderosos estados quedaron rezagados, antes incluso de que empezase la revolución industrial? ¿Y por qué los europeos siguieron esforzándose en desarrollar la tecnología de la pólvora hasta el siglo XIX? Estas son las preguntas a las que debemos responder si queremos entender por qué fueron los europeos, y nadie más que ellos, quienes conquistaron el mundo.

Hasta ahora la mejor respuesta es que la rivalidad militar en Europa hizo que los europeos tomaran ventaja. Este argumento ha sido formulado de manera muy convincente por Paul Kennedy, quien atribuye esta ventaja a la competitividad de los mercados europeos y a los persistentes antagonismos militares. En su opinión, mientras la rivalidad militar creó una carrera armamentística, la competencia de los mercados impulsó la innovación militar e hizo que todos los países se abstuvieran de apoderarse del continente y de poner fin a la competencia.²⁹ La innovación constante dio a los europeos una pronta supremacía tecnológica y finalmente les ayudó a dominar el mundo.

Si la competencia estimuló la incesante innovación militar, entonces el sector militar en Europa debió de experimentar un rápido y sostenido aumento de la productividad desde fechas muy tempranas, tal como sucedió, y mucho antes de la revolución industrial.³⁰ Pero la competencia no es la respuesta final, pues todavía queda mucho por explicar. Para empezar, la competitividad de los mercados no siempre estimula la innovación. El ejemplo más claro procede de la agricultura en los albores de la Europa moderna, que tenía mercados altamente competitivos pero que prácticamente no presenció ningún aumento de productividad.³¹ ¿Qué impidió que los granjeros europeos de la temprana Europa moderna cosechasen los beneficios de productividad de soldados y marineros? ¿Qué, en resumen, además de la mera competitividad, era diferente en el sector militar?

Tampoco las constantes rivalidades militares fomentan siempre la innovación. De hecho, en la India y el Sureste Asiático del siglo XIX surtieron el efecto contrario. El caso de la India, como veremos, es especialmente esclarecedor, pues al igual que Europa tenía mercados com-

petitivos y sufría guerras incesantes, y los combatientes se apresuraron a adoptar las últimas armas y tácticas. Sin embargo, por lo general, las innovaciones se originaron en Occidente.

LA COMPETICIÓN

Así pues, parece que nuestra pregunta fundamental aún no tiene una respuesta satisfactoria. Pero hay una manera de resolver este enigma. La resolución reside en la peculiar forma de competición militar en la que los estados europeos estaban implicados. Es lo que los economistas denominarían un «campeonato», el tipo de competición que, bajo las condiciones adecuadas, pueden llevar a los contendientes a realizar un enorme esfuerzo con la esperanza de ganar un premio. Para poner un caso moderno, pensemos, por ejemplo, en los jóvenes y talentosos jugadores de béisbol en, supongamos, la República Dominicana, que pugnan por jugar en las grandes ligas. Para obtener aunque sea una pequeña ventaja sobre los jugadores, abandonan los estudios, pasan todo el día entrenando, y toman cualquier esteroide imaginable aunque perjudique su salud, por una minúscula oportunidad de vestir el uniforme de una de las ligas principales.

Entre el final de la Edad Media (1300-1500) y el siglo XIX, Europa presencié una competición librada con igual intensidad y compromiso. Sin embargo, esta competición europea era bastante más seria, puesto que repetidamente empujaba a los gobernantes y líderes del continente a enfrentarse unos a otros en guerras que afectaban a la vida de las personas en todo el globo. El premio para los dirigentes implicados en este duro combate era las ganancias financieras, la expansión territorial, la defensa de la fe o la gloria de la victoria. Para hacerse con el premio subían los impuestos y derrochaban recursos en ejércitos y naves que empleaban la tecnología de la pólvora y contribuían a su desarrollo aprendiendo de sus errores o bien, especialmente en el siglo XIX, investigando. El flujo de recursos dedicados a la guerra se mantuvo hasta el siglo XIX, aunque ello perjudicaba al resto de la economía. En Europa, la situación política permitió movilizar enormes sumas de dinero para ejércitos y barcos, y la situación militar favoreció la tecnología de la pólvora, la cual, por ser una novedad, tenía un gran potencial de mejo-

ra mediante el aprendizaje por la práctica que se produjo en Europa antes de 1800.

En otros lugares, y pese a que las guerras eran frecuentes, los incentivos políticos y militares no favorecían este resultado, y esta es la razón por la cual los europeos fueron quienes más hicieron avanzar la tecnología de la pólvora. Los europeos siguieron progresando aún más en el siglo XIX, cuando el cambio político y el creciente acervo de conocimientos facilitó el avance de la tecnología militar a través de la investigación, si bien desde el punto de vista bélico Europa vivía una época relativamente tranquila. Mientras tanto, pese a las ventas de armas y de servicios militares, el resto del mundo siguió rezagándose. Demasiados obstáculos políticos y militares bloquearon la transferencia al por mayor de la tecnología de la pólvora y la movilización de recursos a la misma escala que en Europa.

Comprender las causas de ello requiere analizar los incentivos políticos, militares y fiscales de los que disponían los gobernantes, tanto en Europa como en China, India, Japón y el imperio otomano. También es preciso examinar las otras tecnologías militares, además de la asociada a la pólvora. Empezaremos el segundo capítulo abordando la situación en Europa antes de 1800 y la utilizaremos para esbozar un modelo simple de una competición de repetición que, en el capítulo tercero aplicaremos a Asia y a Oriente Medio y, más adelante, a Europa después de 1800 y al colonialismo del siglo XIX. El modelo aclara, de una vez por todas, las situaciones políticas y militares que distinguieron a Europa del resto del mundo. Estas condiciones fueron las que marcaron el curso peculiar de la competición europea, y explica por qué los europeos llegaron a dominar la tecnología de la pólvora y por qué ellos —y solo ellos— conquistaron el mundo, con consecuencias que abarcan desde el colonialismo hasta el comercio de esclavos e incluso la revolución industrial.³²

La pregunta entonces pasa a ser por qué las condiciones políticas y militares eran tan diferentes en Europa de las de China, Japón o el imperio otomano, que abordaremos en el capítulo 4. Diversas respuestas —entre ellas, la geografía y los vínculos de parentesco— pueden parecer plausibles a primera vista, pero la única que se ajusta a la evidencia es la historia política: en otras palabras, el peculiar curso de acontecimientos pasados que situaron a cada parte de Eurasia en una

vía de desarrollo político distinta. Aquí, la historia política comprende desde la temprana formación de un imperio chino en Asia oriental hasta los siglos que siguieron a la caída del imperio romano cuando Europa no tenía estados altamente desarrollados. La historia política desencadenó y mantuvo la competición, y actuó en contra de un resultado similar en cualquier otra parte de Eurasia. Y, como veremos en el capítulo 5, puso los avances militares creados por la guerra en Europa en manos de emprendedores europeos, que pudieron emplear la tecnología de la pólvora para establecer asentamientos o colonias o lograr la primacía en el comercio exterior. Así, en este caso la historia política es la causa principal, pero esto no significa que el resultado estuviera predeterminado en modo alguno. Un curso diferente de los acontecimientos, en algunos momentos cruciales, fácilmente hubiera podido hacer que otra potencia llegase a ser el amo del mundo. Si los descendientes de Carlomagno no hubieran empezado a luchar unos contra otros y los mongoles no hubieran sometido al imperio chino, entonces nos preguntaríamos por qué China conquistó el globo. Y esto (como se expone en el capítulo 5) dista mucho de ser el único escenario plausible que hubiera configurado un mundo totalmente diferente del nuestro.

Con el dominio de la tecnología de la pólvora, los europeos hicieron que el imperio otomano perdiese la categoría de gran potencia y asimismo iniciaron la conquista de la India, todo ello en el siglo XVIII. A medida que su liderazgo se amplió en el siglo XIX, se apoderaron de África y, junto a sus anteriores colonias en América, finalmente lograron acosar a China y a Japón para que hicieran concesiones comerciales. Para analizar las razones políticas y económicas existentes tras este creciente liderazgo, en el capítulo 6 ampliamos el modelo de competición y lo empleamos para dar sentido a la que fue una guerra fría dentro de la propia Europa, una guerra fría con un elevado coste militar y sorprendentes avances en la tecnología bélica.

La primera y la segunda guerra mundial minaron el dinamismo militar europeo y, después de 1945, a excepción de Rusia los estados europeos quedaron reducidos al papel de meros espectadores en el escenario militar. Empleando el modelo de la competición, en el capítulo 7 se explica el porqué de ello. A continuación se pregunta quién se aprovechó de la conquista europea y qué papel desempeñó la misma en la revolución industrial y en el gran enriquecimiento de Occidente.